

Salvador Corro

# LA DECISIÓN DE FIDEL

*Recursos para sobrevivir  
al siglo*

Grupo Editorial Planeta  
México

## Índice

Fidel Velázquez en su último sexenio .....	9
El sexenio de Salinas ¿Dónde quedó el sistema político? .....	25
El líder y los presidentes .....	63
Bienvenidos al mundo de la fantasía .....	87
Un lunes con Fidel Velázquez .....	115
El cielo puede esperar .....	125
Después, ¿quién? .....	155
Bibliografía .....	183

## **Fidel Velázquez en su último sexenio**

**F**idel Velázquez permanecerá al frente de la CTM mientras viva. Ésa es su decisión.

Una mañana, en los primeros días del sexenio de Miguel de la Madrid Hurtado, Manuel Bartlett Díaz, entonces secretario de Gobernación, invitó a desayunar a Fidel Velázquez para sostener una sesión de trabajo. El dirigente, como es su costumbre, acudió a la cita media hora antes. Apenas dio unos sorbos a su café cuando Bartlett le dijo a bocajarro:

—Don Fidel, tengo la encomienda de hablar con usted de la sucesión de la CTM.

—Yo no trato los problemas de la CTM con ningún segundón —contestó el dirigente obrero.

—La mía es una encomienda del presidente de la República.

—Ni al presidente de la República le permito entrometarse en los asuntos de la CTM.

Fidel Velázquez se puso de pie enojado y con un rápido movimiento aventó la servilleta sobre la mesa y dijo:

—Hasta aquí se terminó el desayuno.

La respuesta del presidente no se hizo esperar. Para enfatizar su malestar, Fidel Velázquez pidió al gobierno que congelara los precios, como una forma de proteger el poder de compra y amenazó con un emplazamiento masivo de huelga. Esa postura escandalizó a los empre-

sarios y alentó a otros sindicatos para protestar por la política económica.

En Guadalajara, en junio de 1993, Miguel de la Madrid le contestó a Fidel Velázquez:

Ejerceré el poder con perseverancia y firmeza... No me dejaré presionar por viejos estilos de negociación y pretensión de poder... No podemos, racionalmente, aspirar a congelar precios y salarios. Sería engañarnos a nosotros mismos y la mentira ya no puede ser instrumento de lucha política. La dejamos a minorías de demagogos e irresponsables; los revolucionarios tenemos que decir la verdad.

El plan para hacerlo a un lado lo comenzó Arsenio Farrell Cubillas, secretario del Trabajo en el sexenio de Miguel de la Madrid. De entrada golpeó a la CTM advirtiendo que su principal demanda de implantar la semana laboral de 40 horas con pago de 56, tenía que quedarse para otros tiempos y ponderó a su eterna enemiga, la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), a la que llamó "la central del futuro".

Estas maniobras fracasaron, las cosas no fueron más allá. Fidel Velázquez les demostró que no tenían que hacerlo a un lado, que podían seguir contando con él y ahí quedó todo. El tema no se volvió a tocar.

Hasta hoy, ninguno de los presidentes del país ha tomado el riesgo de plantearle en forma abierta y directa su jubilación, con todo y que el dirigente obrero ha probado su lealtad, lo que supuestamente garantizaría un sometimiento absoluto ante cualquier decisión, considerando que es parte del sistema al que ha servido toda su vida de manera incondicional.

Aun cuando en algunas ocasiones han considerado la conveniencia de un relevo al frente de la central obrera más importante del país, como una manera de destruir el

mito o al monstruo con demasiado poder o lo ven como un estorbo, no se han atrevido.

Eso sí, han buscado por medios indirectos restarle fuerza, anularlo y someterlo. En contrapartida, Fidel Velázquez nunca ha permitido insinuaciones y menos intervenciones de nadie con relación a quién y cómo debe conducir la central. Está consciente de que el primer impulso de los presidentes, al tomar posesión, es siempre disminuirle poder en lo personal, y a la CTM como organización. Pero pocas acciones han dado tan buenos resultados como las emprendidas por Carlos Salinas de Gortari.

Con todo y eso, el dirigente obrero sigue defendiendo su derecho a determinar cómo y por quién debe ser conducida la CTM. Para ello tiene armados una estrategia y un tinglado que le permitirán mantenerse, sin obstáculos, al frente de la organización por lo menos hasta el año 2000. Se ahorrará el trabajo y los peligros de conducir un proceso de sucesión y, por consiguiente, no tendrá la difícil tarea de elegir heredero.

Fidel Velázquez permanecerá al frente de la CTM mientras viva. Ésa es su decisión.

Otra cosa sucederá si el presidente de la República decide enfrentar lo que ya se ha convertido en un problema de Estado: la sucesión en la CTM. Hasta ahora no se vislumbra una estrategia gubernamental que busque reestructurar al movimiento obrero, que habilite a nuevos interlocutores, en suma, que rescate al sindicalismo como el instrumento que fue, eficaz para el sistema, en el que descansaron sin peligro políticas de todo tipo, aun en contra de los intereses de los trabajadores y del que está urgido el actual gobierno.

Fidel Velázquez no deja que nadie meta mano en su central. Tomó casi todas las decisiones internas. Tuvo la habilidad de capitalizar su lealtad en una importante autonomía que le permitió poner y quitar líderes a su an-

tojo. Propuso y vetó a candidatos a los cargos de elección popular. Fue su isla y su feudo. Defendió su coto y atacó a quienes lo amenazaron.

En el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, José Córdoba Montoya sondeó y pulsó, entre algunos líderes cetemistas, el problema de la sucesión. La estrategia no fue buscar su jubilación de manera directa, sino instrumentar todo un programa de renovación de los cuadros sindicales por medio del Instituto Nacional de Solidaridad. Cuando el dirigente obrero lo detectó, maniobró para detenerlo.

Se terminó el sexenio y ni lo jubilaron ni desmantelaron el viejo y corporativo sindicalismo, pero sí se hizo evidente la crisis por la que atraviesa el movimiento obrero. Los sindicatos oficiales no sólo no han podido garantizar su futuro, sino que tampoco han logrado proteger los derechos mínimos de los trabajadores. Como nunca, en lo que va del actual sexenio, el salario ha perdido su poder de compra en un 60 por ciento. Después de que los salarios representaban el 20 por ciento del costo de las empresas, actualmente es de alrededor del ocho por ciento. El desempleo abierto alcanzó sus niveles más altos. En los tribunales laborales quedó evidenciado que los trabajadores prefieren gestionar directamente sus problemas, sin la intervención de sus sindicatos, por lo que cada vez más aumentan los conflictos individuales, disminuyen los emplazamientos de huelga y las que llegan a estallar son menos. En 1994 se presentaron 7 490 emplazamientos de huelga, de las cuales estallaron 116. Para 1995 hubo 7 676 emplazamientos y las huelgas estalladas fueron 96.

No hay una manera eficaz y exacta para medir esos indicadores. Es conocida la habilidad de las instituciones oficiales para maquillar las cifras. No se sabe, por ejemplo, cuál es el número de trabajadores sindicalizados. Ni los propios sindicatos lo saben.

Tampoco hay un sindicalismo independiente fuerte,